

***FIN DE LAS RUTAS DEL MUNDO***

***De Arturo Pinedo de Miguel***

***Premio de teatro Cajaespaña 2003***

*Sala de estar en el tercer piso de una casa del casco antiguo de una localidad vizcaina. A la derecha del espectador está la entrada de la vivienda, custodiada por un perchero de pie y un paragüero con varios inquilinos. A la izquierda se abren dos puertas: la más cercana da paso a las habitaciones interiores; la segunda, pegada a la pared del fondo, es la de la cocina. Por un gran ventanal se adivina una terraza y, en ella, varias macetas sin apenas flores. La sala está decorada con muebles y objetos de estilo muy dispar: una televisión ya vieja; una pequeña estantería con libros, fotos familiares y una colección de figuritas de porcelana. Un cuadro con una marina ocupa un lugar preferente, y aquí y allá se descubren pequeños detalles de inequívoco aroma vasco: un escudo de madera, tallas de arrantzales... En el centro de la sala, una mesa de comedor con cuatro sillas.*

*La acción transcurre a primera hora de la mañana de un lluvioso y frío día de primavera temprana. Al abrirse el telón, el salón está vacío y apenas iluminado por la tamizada luz que entra por el ventanal y por el reflejo de la luz eléctrica arrojado desde la cocina. De esta estancia llegan ruidos de cacharros y de un grifo abierto, y muy claramente, el sonido de un aparato de radio. Son las nueve en punto de la mañana, y en la emisora dan las señales horarias que anuncian el boletín informativo.*

Off radio:                   Son las nueve de la mañana, las ocho en Canarias. Noticias. Las reacciones por el atentado de esta madrugada en Bilbao siguen produciéndose...

*La persona que está en la cocina escuchando el transistor mueve el dial hasta sintonizar una emisora con música española. Se le oye tararear con poco estilo la melodía que está sonando. Casi de inmediato, la puerta de la calle se abre con brusquedad y entra Juani. Es una mujer en la recta final de los cincuenta, algo menuda y gruesa. Viste con elegancia de domingo. Al entrar, deja el paraguas mojado en el paragüero y, sin quitarse el abrigo, se acerca nerviosa al ventanal para observar con atención la calle.*

Eladio:                    *(Desde la cocina) ¿Juani? ¿Ocurre algo? (Entra en el salón con el transistor en las manos. Eladio tiene más de sesenta años. Es alto y delgado, y luce un fino bigote ya canoso que contrasta con su pelo aún negro. Es brusco de ademanes y recio de voz. Está a medio arreglar: viste un pantalón de pana, pantuflas, y la chaqueta del pijama, medio abierta, sobre una camiseta de tirantes) ¿Por qué tienes puesto el abrigo? No pensarás irte, ¿verdad?*

*Juani no le atiende.*

Juani:                    *(Nerviosa) Creo que les he visto.*

Eladio:                   *(Apaga la radio) ¿A quién?*

Juani:                    Me ha parecido que uno me miraba muy fijamente. Estaba junto a la tahona de Asun, y había otro en la esquina de Martindegui.

Eladio: *(Mirando preocupado a la calle)* ¿Estás segura? Desde aquí no se puede ver nada...

Juani: Me ha parecido verlos al salir del portal. He sentido que uno de ellos se venía hacia mi y me he asustado.

Eladio: *(Enfadado)* ¿Y qué hacías tú allí abajo? Habíamos quedado en que no te moverías hoy de casa.

Juani: Yo no te prometí nada, Eladio. Tú te lo dices todo.

Eladio: Déjate de si dije o dejé de decir, que no quiero discusiones. Si me hubieras hecho caso te hubieses ahorrado el susto. Haz el favor de quitarte ese abrigo y siéntate. Estoy terminando el café.

Juani: *(Sin perder de vista la calle)* Ya he desayunado.

Eladio: *(Desde la cocina)* ¿A qué hora era lo del ayuntamiento?

Juani: A las diez.

Eladio: *(Regresando con un tazón de café. Enciende la luz de la sala y se sienta a la mesa)* Qué raro que Alfonso no te avisara de que había unos tipos rondando la casa. Debería poner más atención. ¿No le has invitado a desayunar?

Juani: *(Con un hilo de voz)* Alfonso no ha venido esta mañana.

Eladio: ¿Cómo?

Juani: *(Medrosa)* Ayer me pidió si podía dejarle libre para ir a ver al crío, que lo tiene ingresado en Cruces, y como yo no tenía previsto salir...

Eladio: *(Enfadado)* ¡Joder, Juani! ¿Tú estás tonta o qué te pasa?

Juani: No pensé que sucediera nada. ¿Cómo podía saber lo de Bilbao cuando le di permiso? Además, el muchacho quería estar con su hijo. Desde que se separó lo ve muy poco, y ahora lo tiene en el hospital para que le operen de apéndice, y...

Eladio: Ahora mismo le llamas al móvil y le dices que se venga.

Juani: No puedo obligarle a dejar al crío así, justo cuando van a operarle...

Eladio: *(Cortándola)* ¿Por qué siempre piensas más en los demás que en ti misma?

Juani: *(Compungida)* No es eso...

Eladio: ¡Mierda! *(Muy serio)* Quítate el abrigo y ven a sentarte aquí.

*Juani obedece. Cuelga el abrigo en el perchero y se sienta junto a Eladio, que no la mira al hablar.*

Eladio: *(Tras una pausa)* Juani: te repito lo que te dije anoche: tú hoy no sales de casa. Me importa un huevo lo del ayuntamiento y la madre que los parió. Ahora mismo les llamas y les cuentas que estás con gripe o lo que se te ocurra, ¡pero tú no vas!

*Eladio se incorpora y va a la cocina a dejar el tazón. Se escucha correr el agua. Juani se dirige de nuevo a la ventana: observa unos segundos con atención y, resuelta, coge su abrigo. Mientras se lo abotona, regresa de nuevo junto al ventanal. Eladio entra secándose las manos con un paño de cocina.*

Eladio: ¿Qué estás haciendo?

Juani: Ahora no se ve nada raro. Creo que está todo tranquilo, y además hay ya mucha gente por la calle, así que voy a aprovechar para irme. Tomaré primero por Zubiri para salir a la plaza y llegar hasta el ayuntamiento por detrás, por el callejón de Amara. Ahí aparcan los coches los municipales y está vigilado.

Eladio: *(Muy serio)* Te he dicho que no vas a ir.

Juani: *(Suave, pero con firmeza)* Voy a ir: tengo que hacerlo. Lo siento.

Eladio: Te recuerdo que tu única obligación es estar con tu familia, aunque se te olvide en cuanto uno de esos señoritos de despacho y coche blindado te llama.

Juani: Nadie me dice lo que tengo que hacer.

Eladio: ¿Qué te han contado en la última reunión del partido? Seguro que han vuelto a hablarte de dignidad, de defensa de las libertades, de resistencia... ¡bla, bla, bla! A la mierda con ellos: esos tipos no saben ni media de todo eso. Sólo saben engatusar a infelices para que se jueguen el pellejo en su lugar.

Juani: *(Irritada)* Tú sí que dices tonterías. Te empeñas en creer que todo lo que hago y digo lo tomo prestado de otros, como si no tuviera juicio propio. Lo que pasa es que te gustaría que pensase igual que tú, y que a todo te dijese amén, como una tonta. ¡Lo mismo que querían ellos!.

Eladio: No me líes con tus trampas. Yo sólo digo que tengo derecho a un poco de tranquilidad, ¡joder! Quiero levantarme por las mañanas sabiendo que voy a poder ver a mi mujer en el almuerzo. No es mucho pedir.

Juani: A ver cuándo has tenido que comer tú solo en todos estos años.

Eladio: Es una forma de hablar. También deseo pasear contigo por la alameda, potear en el casco viejo, visitar todas las “txoznas” en las fiestas... ¡Qué sé yo! No tener que mirar atrás a cada momento, no morirme del susto por los petardos...

Juani: Eso lo dices ahora con la boca pequeña porque hace mal tiempo y no hay fiestas, porque cuando llega el momento de salir juntos se te olvidan las buenas intenciones o toca partido.

Eladio: Coño, Juani, no me vengas con esas. El problema es que no podríamos dar ni un paso libremente y con tranquilidad; lo sabes de sobra.

Juani: Por eso tengo que ir al ayuntamiento, porque estoy harta de pedir permiso para poder vivir como los demás.

Eladio: *(Pesaroso)* ¿No te das cuenta de que, en realidad, has presentado una instancia para que te maten, y que tú misma vas pegando los sellos hasta tenerla completa? *(Tajante)* Lo siento, pero no voy a permitir que sigas con esa locura.

*Eladio se acerca a Juani y trata de quitarle el abrigo. Ella se resiste al principio, pero finalmente cede al comprobar que Eladio no está dispuesto a desistir.*

Juani: *(Protestando)* ¿Se puede saber qué estás haciendo? ¡Déjame, Eladio! Me estás haciendo daño.

Eladio: *(Abrazando a su mujer por detrás)* Por favor, Juani, por favor.

*Al sentir que la resistencia de Juani flaquea, Eladio termina de despojarla del abrigo. Lo cuelga. Juani se acerca a su marido y le acaricia la cabeza con ternura.*

Juani: Bien: te haré caso. Todavía tengo tiempo. Voy dentro a hacer la cama. *(Antes de desaparecer)* Eres el mayor exagerado del mundo, Eladio. Sabes que no nos va pasar nada malo.

*Juani sale por la puerta que lleva a las habitaciones interiores. Eladio coge el transistor y busca una emisora*

Radio: Yo creo que los plenos de hoy en Euskadi son esenciales para lanzar un mensaje claro a los terroristas y a quienes les apoyan, así que habrá que estar pendientes del resultado de las votaciones en los ayuntamientos...

*Eladio busca otra emisora.*

Radio: La novedad para el encuentro de mañana es que Julen no será de la partida a causa de los problemas musculares que arrastra...

*Suena el teléfono. Eladio apaga la radio y contesta.*

Eladio: ¿Dígame? ¿Hola? ¿Quién es? *(Durante unos segundos, escucha a su interlocutor. Luego, responde en voz baja)* ¡Ah, hola! ¿Cómo estás? (...) Sí, todavía está en casa (...) Lo entiendo perfectamente (...) Claro que es por su bien: es lo mismo que yo le he dicho veinte veces. (...) Voy a intentarlo, no te preocupes. Agur *(Cuelga)*

*Juani regresa al salón. Con un trapo, quita el polvo de los muebles mientras habla con su marido.*

Juani: ¿Quién llamaba?

Eladio: Nadie.

Juani: He oído el teléfono.

Eladio: Era uno de esos cabrones, con sus amenazas de siempre.

Juani: ¿Qué te ha dicho?

Eladio: ¿Qué va a decirme?. ¡Jilipolleces, ya lo sabes! Tenemos que pedir que nos cambien otra vez el número.

*Juani continua con su limpieza. En un momento, coge la fotografía enmarcada de un chico y una chica -sus hijos- y la observa con una sonrisa triste.*

Juani: No podemos cambiar de número hasta que llame Edurne. Con esa manía suya de andar sin teléfono, tenemos que advertírselo y darle el nuevo antes, no sea que luego no pueda llamarnos.

Eladio: Dijo que telefonaría hoy o mañana.

Juani: No entiendo a la nena. Ahora todos los jóvenes llevan su móvil, menos ella, que se empeña en no tener teléfono.

Eladio: *(Sombrio)* Igual no quiere que suene una mañana muy temprano y le hable una voz que no conoce...

Juani: ¡Qué cosas tienes! ¿Por qué iba a llamar un desconocido a la niña?

Eladio: Por nada, supongo.

Juani: ¿Cómo le irá con la tienda de flores? Imagino que con el buen tiempo que hace en Estepona se venderán muchas. En Andalucía la gente tiene muchos tiestos en las terrazas. Creo que es un buen negocio.

Eladio: Será como dices, aunque yo no veo a la Edurne vendiendo flores y plantas. Ella, que no distingue una coliflor de una lombarda...

Juani: *(Ríe)* ¿Qué tiene que ver? La niña es florista. Aunque se le haya pegado la mala lengua de su aita, no es una verdulera.

Eladio: Mejor le iría con una pescadería. Aprendió mucho contigo en la de tus padres.

Juani: Déjate: Edurne no está hecha para limpiar tripas de pescados ni llenarse las uñas de escamas. Además, a cada sitio lo suyo: en el sur, flores, y los buenos pescados aquí, en el norte.

Eladio: En cambio a Jokin no le hubiera venido mal heredar el negocio. Nunca le ha importado mancharse las manos, y seguro que le sacaría un buen dinerito. Así no tendría que haberse ido a Bilbao a buscar trabajo.

Juani: Se hubiera marchado igual. El pueblo le ahoga.

Eladio: Porque se sentía inútil. Tal vez si la pescadería siguiese abierta...

Juani: Hemos hablado mil veces de esto, Eladio: no la cerramos por gusto. La clientela dejó de venir poco a poco, y el pescado se pudría en las cámaras.

Eladio: ¡Y a mi la sangre viendo cómo se achantaban! No hace falta mucho valor para comprar sardinas, digo yo.

Juani: Se decía que ellos vigilaban, que tenían fichados a los que entraban a la tienda.

Eladio: ¡Monsergas! Simples excusas. Yo nunca vi a nadie controlando. Dejaron de venir porque nos convertimos en extraños para ellos.

Juani: No seas tan duro.

Eladio: *(Cada vez más excitado)* Es la verdad. Les jode sentir cómo alguien les mueve la silla y les dice: “Eh, que yo también estoy aquí y no pienso igual que tú”. A sus ojos, nos hemos convertimos en herejes, y con nosotros las merluzas, los meros, los congrios y hasta los rapes. ¡Putos pescados españolistas!

Juani: No hables así. No me gusta.

Eladio: *(Con dureza)* ¿Y a quién le gusta? A los peces no, porque se pochan; a tu hijo Jokin tampoco porque tuvo que cambiar de cuadrilla y hasta de ciudad; a Edurne menos porque tiene que calentarse a un sol que no es el suyo; a Alfonso porque le ha costado un matrimonio, y a ti, Juani, porque quieren verte muerta. ¡Claro que no nos gusta, joder!

Juani: ¿Dónde quedas tú en todo esto? No he oído cuál es tu queja.

Eladio: *(Con dolor contenido)* Que me estoy quedando sin mujer poco a poco. Cada día me roba un trocito de ti, Juani. Muchas noches, cuando me acuesto primero, alargó mi brazo hacia tu lado de la cama y acaricio tu almohada, recorro con la mano los huecos que tu cuerpo ha ido formando en el colchón, meto los dedos en los pliegues del embozo, y me da por pensar que esa es la primera noche de otras miles que han de venir sin tenerte más a mi lado. Y me tengo que aguantar las lágrimas, y me entran ganas de llamarte a gritos, y ¡joder!, entonces cojo la radio y me pongo a García para oír una voz que me saque tanto miedo de dentro, que me devuelva todos los ruidos: tus pisadas, el grifo que abres, una tos, un frasco de cristal que colocas en la repisa... Cualquier cosa que me diga que sigues ahí... todavía.

Juani: *(Conmovida)* Pero luego me acuesto, tonto. Todas las noches, a tu lado. Y te enfadas porque enciendo la lámpara, o protestas porque te golpeo un brazo para que no ronques. Igual que siempre, Eladio.

Eladio: No es igual, Juani. Ya nada es como siempre. *(Emocionado)* Perdóname: tengo que ir al baño.



*Eladio sale. Juani hace ademán de seguirle, pero al llegar al umbral de la puerta cambia de idea y se dirige al teléfono. Descuelga, marca un número y aguarda.*

Juani: *(Al teléfono)* ¿Jokin? Soy mamá. Ya veo que no estás en casa. No me gusta hablarle a estos aparatos, hijo, pero tengo que salir en un rato y quería decirte que estoy pensando que podrías invitar a papá a ir al fútbol mañana contigo. Le noto un poco desinfladillo al hombre. Así salís y os tomáis unos vinos también. Llámale, por favor. Un beso, mi vida.

*Cuelga. Mira su reloj de pulsera y, de nuevo, se acerca al ventanal para escudriñar la calle. Eladio regresa al salón: se advierte que se ha lavado la cara y peinado.*

Eladio: Oye, Juani: hace varios días que le estoy dando vueltas a una idea. A ver qué te parece a ti. He pensado que podríamos hacer un viaje, no sé, cambiar de aires un poco. Hace mucho que no salimos de Euskadi, y creo que estaría bien visitar algún sitio. Francia, o mejor, Málaga, para ver a la Edurne. ¿Qué opinas tú? Estamos con la chica un par de semanas y luego, ¿quién sabe?, a lo mejor nos gusta y decidimos quedarnos allí a vivir para olvidarnos de tanta lluvia.

Juani: Este es nuestro pueblo, Eladio.

Eladio: ¡Claro, y siempre lo será! A mucha honra. Cuando llevemos un tiempo fuera, regresamos unos días y les ponemos los dientes largos a los paisanos contándoles la vida padre que nos estamos pegando.

Juani: No me acostumbraría a vivir en otro sitio.

Eladio: Edurne estaría muy feliz teniéndote cerca.

Juani: Ella no me necesita; sabe volar sola.

Eladio: ¿Quién dice que no te necesita? ¡Te necesitamos todos, Juani!

Juani: Pensarán que estamos huyendo...

Eladio: Que piensen lo que quieran; ¿qué nos importa?

Juani: Creerán que nos han ganado...

Eladio: ¡Que les folle un burro a todos!

Juani: Hay gente que confía en nosotros, que se sentiría abandonada si nos vamos...

Eladio: Has cumplido con tu parte más que de sobra. Te ha tocado lo más difícil, abrir el camino cuando peor estaban las cosas. Ahora que sigan otros. No es tu guerra particular.

Juani: Quizás podamos irnos unos días de vacaciones...

Eladio: No te pido otra cosa. Cuando estemos lejos, tú sólo abre bien los ojos y las entendederas para descubrir que es posible vivir sin miedo. Seguro que luego no quieres volver atrás.

Juani: Quién sabe, Eladio. A lo mejor tienes razón. Estoy tan cansada...

*Se sienta a la mesa abatida. Eladio mira por la ventana. El teléfono atruena la silenciosa estancia: ninguno se atreve a contestar. Nerviosa por el insistente sonido, Juani se acerca al aparato.*

Eladio: ¡No contestes! Pueden ser ellos otra vez.

Juani: A lo mejor es Edurne. Dijo que llamaría hoy.

Eladio: No creo que sea la niña.

Juani: Eso no puedes saberlo. *(Descuelga)* ¿Dígame? ¿Edurne? *(Juani calla y escucha ansiosa. Su rostro denota temor y rabia contenida. No aguanta más y cuelga violentamente)*

Eladio: Te dije que podían ser esos hijos de puta. *(Se acerca a su mujer y la abraza con poca naturalidad)* Ya pasó.

Juani: *(Llorosa y con la vista perdida)* Dice que me están esperando ahí fuera, que no quieren verme andando por su pueblo...

Eladio: Cabrones...

Juani: *(Se zafa del abrazo de su marido y camina por la habitación como desorientada mientras habla)* ¿Por qué lo hacen, Eladio? Conozco a muchos de esos chicos. Hasta sus voces me suenan familiares. El que ha llamado podría ser el chaval que hacía pareja con Jokin en el frontón, o el hijo de Asun, o el hermano de Manolo... Han estado en esta casa, sus padres han sido clientes de la pescadería, o trabajan conmigo en la parroquia... ¡No pueden haber cambiado tanto, no pueden!

Eladio: La culpa es de los jodidos políticos de mierda, que les llenan la cabeza de ideas estúpidas.

Juani: ¿También tengo yo la culpa?

Eladio: Tu no eres política, Juani; eres una simple concejala de pueblo. No se te puede acusar de nada.

Juani: *(Alterada)* ¡Pues díselo a los que ya me han condenado!

Eladio: Ya te estás poniendo tremenda. Enseguida sacas las uñas y no escuchas lo que se te dice. No me extraña que en el ayuntamiento te teman más que a un “nublao” cuando te pones a discutir.

Juani: ¿Quién te ha venido con esos cuentos?

Eladio: No sé... Son cosas que se oyen por ahí, en el bar. Alguien lo habrá comentado.

Juani: *(Con dureza)* ¿Qué te dijeron?

Eladio: Harían alguna broma sin importancia.

Juani: *(Muy seria)* ¿Qué bromas?

Eladio: *(Nervioso)* Joder, no recuerdo. A lo mejor me hablaron de lo cabezota que eres, o de cómo te enfadas por tonterías en los plenos. O de cuando te opusiste a que colgarán los carteles en el balcón del consistorio y te dio por correr detrás de ellos escaleras arriba para quitárselos. Eso fue famoso en todo el pueblo. Vino hasta en el Correo.

Juani: Y a ti te hace mucha gracia, ¿verdad? Te ríes de sus chistes al tercer vino y así consigues que te inviten a ver el fútbol de pago en el “batzoki”. Son tus compadres, colegas por el módico precio de una carcajada inocente a costa de Juani la concejala.

Eladio: *(Reacciona irritado al verse pillado en falta)* ¡Basta, Juani! No hagas un drama por todo. Nadie te ha faltado nunca al respeto en mi presencia: sabes que le partiría la cara. Estoy hablando de conversaciones sin mala voluntad.

Juani: *(Con una ira inmensa, desgarradora)* Aquellos carteles que tanto os divierten exigían la libertad de los dos asesinos de Conchi, de mi amiga, de mi hermana Conchi Ugarbide. Eran impresionantes los carteles: tan grandes, con letras en rojo y negro sobre un blanco casi perfecto, con las siluetas de las caras de esos tipos tan majetes... ¡Ni te imaginas cómo se rieron todos los funcionarios del ayuntamiento

viendo a Juani “la loca” chillando por los pasillos y peleándose con los artistas para arrebatarles su obra! Fue tan divertido, Eladio. Ojalá hubieras estado allí: seguro que tus amigos te hubiesen invitado a ver gratis toda la liga a cambio de los detalles. *(Llora con amargura)*

*Eladio, abrumado, sin saber qué responder, coge el transistor y sintoniza una emisora musical, aunque enseguida lo apaga. Juani se retira a la cocina, de donde llega durante unos segundos el eco de un grifo abierto. Al cabo, Juani regresa muy digna, arreglándose el peinado y retocándose el maquillaje estropeado por las lágrimas. Sin mirar la figura encogida de su esposo, avanza hasta el ventanal, observa la calle, coge luego su abrigo y se lo abotona.*

Juani: *(Fría)* Me marchó. Si pones la mesa, coloca platos soperos.

Eladio: *(Irónico)* ¿Cuántos pongo: dos o uno viudo?

Juani: Los que te dé la gana.

*Eladio se levanta y llega hasta la puerta para cerrar el paso a su mujer.*

Juani: *(Pugnando por salir)* Déjame pasar, Eladio.

Eladio: Eres una cabezota. ¡Te están esperando ahí fuera y quieres irte sola! No pienses que voy a dejarte salir.

Juani: ¿Y qué vas a hacer? ¿Tapiar la puerta?

Eladio: ¡No me jodas, Juana! Por lo menos, deja que llame al ayuntamiento para que manden un par de municipales a buscarte.

Juani: Ni te molestes. Siempre están muy ocupados.

Eladio: Iñaki es amigo y nos hará el favor. Por algo es el jefe.

Juani: *(Irónica)* Le llamas y le ruegas, le suplicas, que proteja a tu mujer. Y si le notas un poco reacio, le prometes un buen chuletón en la gastronómica para ablandarle. Es lo menos.

Eladio: Nos ayudará si está en su mano.

Juani: No quiero sus favores ¿Te enteras? No quiero deberle nada; no quiero sentir cómo se ríe por lo bajo de nosotros, los quejicas, los llorones del pueblo, los que ni siquiera tenemos valor para andar solos la calle Mayor.

Eladio: *(Irritado por el sarcasmo de Juani)* ¡Se acabó! ¡Haz lo que te de la gana, pero a mi no me líes! Ves enemigos por todas partes, y te estás equivocando. Vete sola, si es lo que quieres. *(Abre la puerta para franquear al paso a Juani)*

Juani: Eso iba a hacer.

Eladio: ¿Y puede saberse por dónde saldrá la dama solitaria?

Juani: Por Zubiri.

Eladio: Entonces, procura evitar el tramo de la calle Vieja. Ellos suelen reunirse a desayunar en los bares de allí.

Juani: Ya lo sabía.

*Juani coge el paraguas y sale, cerrando la puerta con cierta brusquedad. Eladio, que está molesto por la discusión, amaga con replicar al portazo con un exabrupto, pero se contiene. Unos segundos después, corre hacia la puerta, la abre y sale al descansillo para llamar a Juani.*

Eladio: *(Fuera de escena)* ¡Juani, espera, no salgas! ¡Sube a casa!

*Eladio regresa, dejando franca la entrada al piso, y se apostea junto al ventanal, como si vigilase la calle. Poco después entra Juani, expectante por la súbita llamada de su marido.*

Eladio: *(Mirando al exterior)* Ese tío está otra vez asomado a la ventana, mirando hacia aquí. Vigila todo lo que hacemos.

Juani: Es un pobre retrasadillo. No puede hacernos mal.

Eladio: No me fio. Bien podría avisar a alguno de esos cabrones de tu salida.

Juani: Déjalo estar, Eladio. El chaval es inofensivo.

Eladio: En este pueblo no puedes fiarte de nadie, ni aunque sea tonto.

Juani: ¿Me has hecho volver para contarme eso?

Eladio: La verdad es que sí... *(Duda)* Bueno, en parte sólo. Es que quería decirte que acaba de llamar la niña.

Juani: ¿Eduarne? No he oído sonar el teléfono.

Eladio: Estabas ya en la escalera y cogí enseguida. No sonó más que una vez.

Juani: ¿Qué te ha dicho?

Eladio: Poca cosa. Que había visto la noticia por la tele y que estaba preocupada. Luego se debió quedar sin monedas y se cortó.

Juani: Pobre hija. ¿Dijo si llamaría otra vez?

Eladio: Quería hablar contigo.

Juani: Voy a esperar un ratito, por si telefonea de nuevo. Aún tengo unos minutos. A lo mejor ha ido a cambiar en monedas para la cabina. *(Se desabrocha el abrigo y se sienta)*

Eladio: También me pidió que te dijera que no salgas hoy a la calle, que te olvides del dichoso pleno.

*Juani escucha en silencio, sin replicar.*

Eladio: Que te quiere mucho, Juani; que se moriría si te pasara algo malo. Eso me ha dicho también.

*Juani está conmovida. Se agita nerviosa en la silla. Disimuladamente, se seca con el pañuelo una lágrima rebelde.*

Juani: Mi niña...*(Suspira)* Dios quiera que llame ahora y pueda consolarla para quitarle esas ocurrencias tan negras de la cabeza. Estando tan lejos, es normal que se preocupe más. Mira su hermano: como vive a pocos kilómetros, sabe que no pasa nada raro y no hace por llamar. *(En tono de reproche)* Además, a saber qué le habrás contado tú a la chica, Eladio.

Eladio: *(Molesto por el comentario)* No he tenido tiempo de decir nada, pero de haberlo tenido, te juro que no me callaría y le contaría todas las tonterías que está haciendo su amachu.

Juani: Edurne comprende muy bien lo que hace su madre, y lo apoya. Me lo ha reconocido ella misma mil veces.

Eladio: ¿Y qué iba a hacer la chica? ¡Eres su madre querida! Nunca te confesaría lo que opina en realidad para no herirte.

Juani: Sabrás tú lo que opina Edurne, o tu hijo Jokin. Si nunca has hablado con ellos en todos estos años...

Eladio: No todo es hablar. También hay que fijarse en lo que pasa a tu alrededor para comprender muchas cosas que no se quieren o no se pueden decir.

Juani: No te entiendo.

Eladio: Estoy pensando en por qué la Edurne se fue a Málaga...

Juani: No hay ningún secreto. Para huir de la lluvia, para perder de vista a los viejos de sus padres y ser libre, para montar un negocio...

Eladio: ¿Y qué pasa con Mikel?.

Juani: ¿Qué va a pasar?.

Eladio: ¡Vaya cabeza tienes! Que rompió con Mikel, su compañero desde la ikastola, su novio de siempre.

Juani: ¡Por Dios, Eladio! La niña no se marchó por eso, bien que lo sé.

Eladio: Pues lo que yo sé es que a Mikel no le gustaba lo que hacía y decía la gente de tu partido, y discutía por eso con Edurne. Que a Mikel le avergonzaba que su futura suegra se sumara a esas voces que él odiaba, y discutía por eso con Edurne. Que a Mikel le molestó una barbaridad que te presentaras a concejala, y discutía por eso con Edurne. Que a Mikel le disgustaba muchísimo que tu hija te defendiera, que no se estuviese calladita y que siempre le discutiera cosas que él consideraba indiscutibles. Así que a Mikel tu hija le dio un día un par de hostias y le mandó a la mierda...

Juani: Se lo merecía.

Eladio: Mikel sí: siempre fue un jilipollas. Pero Edurne no, Juani; Edurne no se lo merecía.

Juani: Desde luego: ella no tuvo culpa de nada.

Eladio: Ahí quería yo llegar. Eso mismo es lo que la chica esperaba oír de su madre. Algo muy sencillo de decir y que le hubiera dado fuerzas para seguir sola, sin la compañía de ese imbécil. Pero cuando vino a su madre, su madre no estaba, y nadie la pudo consolar. ¿Por dónde parabas esos días, Juani? ¿En un congreso, o recibiendo a los mandamases de Madrid?

Juani: *(Ofendida)* Eso es mentira. Edurne habló mucho conmigo después de la ruptura y nunca me reprochó nada.

Eladio: Porque te quiere demasiado.

Juani: ¡Calla! No tienes derecho a juzgar los sentimientos de tu hija.

Eladio: Te obcecas con tu verdad y no quieres ver lo que está pasando. El mundo se nos estrecha, nos aprieta cada día más, y empieza a asfixiarnos. Nos falta aire, como les faltó también a nuestros hijos. Tú eres la que no se entera, Juana. Nada es normal en nuestra vida. Nos miran, nos miran en todas partes. Nos han señalado cientos de veces. Lo noto en cuanto piso la calle. Es como si me reprocharan el simple hecho de estar ahí, ante sus ojos. Son sus caras, Juani, sus caras las que te lo gritan aunque no abran la bocaza. No nos quieren, así de simple. Ya sé que no es culpa tuya, nuestra, que si acaso somos las víctimas, pero yo me niego a ser nada de eso. Tenemos edad para vivir sin meternos en líos, disfrutando juntos. Pero tú parece que lo evitas, que te niegas a aceptar una vida normal.

Juani: ¿Ves cómo a todo le buscas las vueltas, Eladio?. Siempre estás con lo mismo: cuando no es Edurne es Jokin, o soy yo con mi dichoso ayuntamiento.

Eladio: ¡Mira a lo que nos ha llevado tu compromiso!: los hijos se han ido y tienen miedo de volver; la familia está rota. ¡Me cago en la puta, Juana! ¿Cómo quieres que no le busque las vueltas a todo si todo se ha girado y ya no reconozco ni lo que es mío?

Juani: A lo mejor es que te has quedado parado cuando todo se movía a nuestro alrededor. Yo no sé por qué, Eladio, pero hace tiempo que una niebla muy espesa cayó sobre el pueblo, y ha ido penetrando por todas partes hasta dejarnos aislados. A mi se me coló una mañana en la pescadería, como un murmullo helado que me decía: “¡Vete, márchate: no te queremos!” A tus hijos la niebla les envolvió poco a poco, hasta matar todas sus ilusiones. Pero contigo no hay problema: siempre te has abrigado tanto que casi no sientes ese frío húmedo. Y lo que es peor: has dejado que la niebla te tape los ojos y ni siquiera eres capaz de ver dónde estamos los tuyos.

Eladio: Seguro que este parte meteorológico lo has sacado de un manual de candidatos. Tú no hablas así.

Juani: *(Dolida)* ¿Por qué te ríes de todo? ¿Es que no comprendes lo que pasa?

Eladio: ¿Crees que no lo entiendo? Yo también sufro con toda esta porquería. Lo único que digo es que tú eres lo que eres: una mujer normal, de



pueblo, como tantas. Y así es como te quiero, como te he querido desde que te conocí. ¡A la mierda las palabras rimbombantes y los lemas de campaña! No van contigo, no son parte de tu mundo.

Juani: *(Aburrida)* Ya empiezas otra vez...

Eladio: ¡Las que haga falta! Yo también tengo derecho a que se escuchen mis razones. Todos esos ideales en los que crees son demasiado grandes, demasiado elevados para gente como tú, y no te dejan mirar a los que estamos a tu lado.

Juani: *(Irónica)* ¡Lo dijo el gran luchador, punto redondo!

Eladio: No compares, Juana. Yo me partí la cara por ti y los niños, y gracias a aquella lucha hemos seguido viviendo con dignidad y no como unos muertos de hambre.

Juani: Tanta huelga, tanta barricada, tanto cohete y tanto neumático quemado para acabar metido en casa y con los astilleros cerrados.

Eladio: ¡He ganado mucho más de lo que crees! Entre otras cosas, el respeto de los compañeros del astillero. Gracias a eso puedo andar todavía con la cabeza alta por el pueblo.

Juani: Y no quieres salir conmigo para no tener que bajarla, ¿verdad?

Eladio: ¡Tonterías! Eres tú quien no me deja ir por motivos de seguridad.

Juani: Aún estoy esperando a que protestes por esa prohibición...

Eladio: ¿Y qué iba a ganar protestando?. Te importa un pito lo que diga tu marido, pero a tu amiga Conchi bien que le aceptabas todo lo que te decía sin rechistar.

Juani: ¡Deja a Conchi en paz!

Eladio: Sólo digo que ella te metió todas esas ideas locas en la cabeza, y que por su culpa andas enredada en estos “fregaos” que no te incumben.

Juani: Este “fregao”, como tú dices, le costó la vida a Conchi, y te recuerdo que no lo montó ella. Así que habla con más respeto.

Eladio: Sabes que yo también la admiraba, que la quería, ¡pero no tenía derecho a convertirnos en herederos de su desgracia!.

Juani: Yo estoy aquí por mi propia voluntad. Conchi nunca me dijo nada, ni falta que hacía. Bastaba con mirarla para reconocer cuál es el camino.

Eladio: Ese camino te aleja de esta casa. Te juegas todo para no ganar nada. No lo olvides.

Juani: ¿Qué quieres decir con eso?

Eladio: Lo que has oído.

Juani: ¿Por qué dices que me alejo de esta casa?

Eladio: Déjalo.

*Un pesado silencio se impone. El teléfono suena. Ambos lo miran ansiosos, hasta que Juani se levanta para contestar.*

Eladio: No contestes.

Juani: Será Edurne.

Eladio: No es ella.

Juani: Habrá cambiado monedas *(Descolgando)* ¿Hola? ¿Edurne?

*Eladio le arrebató el auricular y cuelga.*

Eladio: La chica nunca llama a estas horas.

Juani: Pero si has hablado con ella hace unos minutos...

Eladio: Te mentí. Lo siento. No sonó el teléfono. Lo inventé para hacerte regresar.

Juani: *(Molesta)* ¡No tienes derecho a engañarme así, y menos a meter a mi hija por medio!

Eladio: ¿Qué podía hacer? A los locos suicidas se les camela con mil trampas para que no se lancen al vacío, pero presiento que contigo ya no sirven. No puedo retenerte. Tu no quieres seguir aquí.

Juani: Ya vuelves con tus medias palabras. Yo no me he ido, Eladio.

Eladio: *(Absorto en su reflexión)* Empiezo a entenderlo todo. No sé ni cuándo ni cómo, pero de pronto has descubierto que no estás hecha para vegetar al lado de un pensionista al que sólo le emociona el fútbol y el

dominó. Tú, Juana Larrea, la buena y callada Juani, aguantando durante todos estos años los malos rollos de viejo prematuro. ¡Di que sí, mujer: no es justo!. Una eternidad amarrada a esta casa, y a la jodida pescadería, y a los chavales, y al pueblo...

Juani: *(Protestando)* Yo no me he quejado nunca de nada, Eladio.

Eladio: *(Sin prestar atención a su mujer)* Te sobran razones para rebelarte, lo sé bien, pero de las mil salidas posibles has escogido la que está cegada. Al final de esa ruta que lleva al ayuntamiento no hay una puerta, sino un muro de piedra indestructible. Y lo peor es que no puedes volver atrás, porque ellos no te dejarían: te han marcado para siempre.

Juani: ¿Y si sigo avanzando?

Eladio: Lo perderás todo.

Juani: ¿Y si me vuelvo antes, sin llegar hasta el muro del final? ¿Me estarás esperando?

Eladio: No me moveré de aquí.

Juani: Para que todo sea como siempre...

Eladio: Para seguir juntos nuestro propio camino, no el que nos quieren imponer otros.

Juani: Y llegar a otro lugar, a lo mejor en el sur, a salvo de la niebla. Sin líos, con una buena cobertura de televisión y un cursillo de figuritas de miga de pan dos días por semana en el centro parroquial. Y será cierto: tú no te habrás movido ni un milímetro, mientras que yo habré recorrido todas las rutas del mundo para regresar a donde estaba.

Eladio: No pido demasiado. Sólo seguir junto a ti.

Juani: No es mucho, tienes razón, sólo que ¿me dejas pedir a mi también?

*El sonido del teléfono corta otra vez la conversación.*

Eladio: *(Dirigiéndose hacia el aparato)* ¡Maldita sea, joder! *(Descuelga)* ¿No te cansas de dar por culo, cabrón? *(Su tono cambia bruscamente, haciéndose suave y afable)* Jokin, hijo, perdóname: creí que eran ellos otra vez. Han estado llamando toda la mañana. Dime, ¿cómo estás? (...) Vaya, siento haberte colgado antes; no sabía que eras tú. (...)

Estamos muy bien (...) Sí (...) ¿Al fútbol mañana? ¡Claro! Cómo no me va a apetecer. Podemos comer juntos si quieres (...) A las dos; perfecto (...) No, está en casa. ¿Quieres hablar con ella? (...) Ya, lo comprendo; se lo diré de tu parte. (*Cuelga. A Juani*) Era Jokin. Dice que tengas cuidado, que anda todo muy revuelto por lo del atentado de anoche.

- Juani: ¿Por qué no me lo has pasado?
- Eladio: Estaba conduciendo. Ha prometido que te llama más tarde.
- Juani: ¿Habéis hecho planes?
- Eladio: Me invita al partido de mañana en San Mamés. Jokin está en todo. Fíjate: uno de los mejores de la temporada. Nada menos que contra el Barça.
- Juani: Bueno, así te distraes y te olvidas de tantos líos.
- Eladio: Sólo falta que se recupere el jodido Julen para tener la fiesta completa. Ese chico tiene los tobillos de cristal, pero es un fenómeno.
- Juani: ¿Comeréis juntos?
- Eladio: Vendrá a recogerme a las dos, y he pensado llevarle a Casa Cosme. Hace mucho que no me paso por allí con el crío.
- Juani: No es un crío, Eladio.
- Eladio: Es una manera de hablar. Mañana intentaré sonsacarle si se ha echado ya novia. A mi aquella chavala de El Corte Inglés que nos presentó en Navidad me gustaba, aunque ya sé que sólo es una “amiga fuerte”. ¿Tú qué opinas?
- Juani: Jokin es muy reservado para sus cosas. Te costará sacárselo.
- Eladio: Tendré que emborracharle (*ríe*)
- Juani: Te saldrá muy caro: aguanta más que tú, que ya es decir.
- Eladio: ¿Qué harás tú mientras? Se me ocurre que puedes llamar a tu hermana y coméis juntas.
- Juani: Ya veré cómo me organizo.

- Eladio: Al salir del partido le diré a Jokin que suba un rato. Podemos cenar los tres juntos.
- Juani: Sabes que no le gusta venir al pueblo más que lo imprescindible. Además, se pone muy nervioso en casa: siempre está tenso, como si quisiera anticiparse a cualquier susto. Un simple ruido inesperado le descompone.
- Eladio: Todavía tiene fresca la explosión del portal y no se lo quita de encima.
- Juani: No hay que forzarle. Dile que iremos nosotros a visitarle el domingo y así no se queda con el reconcome por no subir a casa.
- Eladio: Será mejor, sí. Entonces me quedaré un rato más con Jokin cuando acabe el partido, para celebrar las castañas que les vamos a meter a los catalanes. ¡Me gusta tanto salir con el chico! No te molesta, ¿verdad?
- Juani: *(Con un deje de tristeza)* ¿Por qué iba a molestarte? Me encanta que disfrutéis los dos juntos.
- Eladio: Tengo que reservar enseguida en Casa Cosme. Los días de partido de pone de bote en bote.

*Eladio se marcha hacia las habitaciones interiores. Juani, apesadumbrada, se levanta, mira su reloj y se dirige a la cocina. Durante unos segundos, la sala se queda vacía y silenciosa. Al cabo, Eladio regresa con una agenda telefónica en la mano y llama por teléfono.*

- Eladio: *(Tras esperar la respuesta al otro lado del hilo)* Buenos días, ¿es Casa Cosme? (...) Quería reservar una mesa para dos, para mañana a las dos y media, calculo. (...) ¡Estupendo! La pone a nombre de Eladio Arteaga (...) Aretaga, sí. (...) ¿Cómo? *(Pausa)* Dígame (...) ¡Pero si acaba de confirmarme que quedaban mesas libres! (...) Ya: el partido. Gracias. *(Cuelga malhumorado)* Será cabrón el tío.
- Juani: *(Saliendo de la cocina)* ¿Qué te pasa ahora?
- Eladio: *(Muy alterado)* No quieren que vaya. Se niegan a darme una mesa. Primero me dicen que sí y luego se echan para atrás en cuanto les he dicho quién soy.
- Juani: Será cierto que no hay mesas. Tú mismo has reconocido que es difícil encontrarlas en días de fútbol.
- Eladio: ¡No me jodas! No quieren verme por allí.

- Juani:                   ¿Qué tontería! ¿Por qué te iban a hacer ese feo?
- Eladio:                 *(Mirándola acusadoramente)* Lo sabes muy bien.
- Juani:                   Estás viendo fantasmas.
- Eladio:                 Voy a llamar a Jokin para decirle que no voy al partido.
- Juani:                   *(Enfadada)* ¡Basta, Eladio! Haz el favor. Ten un poco de seso. En Bilbao hay mil restaurantes donde comer.
- Eladio:                 Siempre lo mismo. ¡Estoy hasta las narices! Quiero ser normal, coño.
- Juani:                   ¿Te das cuenta de que toda tu vida es una excusa permanente? Te creas un mundo de dudas en la cabeza y dejas que el mundo real se te escape. Déjame ese teléfono *(le arrebató la agenda y marca)* Es Casa Cosme, ¿verdad? (...) Quería una mesa para mañana al mediodía (...) ¿Está todo ocupado? ¿Desde cuándo? (...) Anteayer. Sí que tienen ustedes éxito. (...) Otro día, sí. Muchas gracias *(Cuelga)* Ya lo has visto. Aunque a lo mejor piensas que me han reconocido la voz y me han negado la mesa. Sería muy propio de ti. *(Le arroja la agenda a los pies)* Lo siento, pero ya no puedo esperar más. Tengo que irme. El pleno empieza dentro de unos minutos. ¿Te importaría asomarte al balcón y observar bien cómo está la calle? Si alguno de ellos anda por ahí, es posible que al verte piense que todavía sigo aquí arriba. Así podré salir por la puerta trasera de la tienda de Pablo y tirar por Nagusia sin que me descubran. Es un camino más largo, pero supongo que estará libre.
- Eladio:                 No seas estúpida, Juani. ¿No ves que todas las salidas se te cierran?
- Juani:                   Hay una que sí me lleva a dónde quiero, y voy a recorrerla aunque no sepa lo que me aguarda al final. Puede que alguien me corte el paso y me arroje de la vía, pero me arriesgaré de todas formas. Es mi salida, Eladio.

*Juani se encamina hacia la puerta de la calle. Cuando está a punto de abrir, suena el timbre. Juani y Eladio se miran: primero sorprendidos, luego indecisos. Un segundo timbrado les obliga a reaccionar.*

- Juani:                   *(Tímida, hablando hacia la puerta)* ¿Quién llama?
- Jokin:                   *(Desde el exterior)* Soy yo, Jokin.

*Juani abre la puerta y entra Jokin, un joven en la mitad de la veintena. Viene empapado por la lluvia.*

Jokin: *(Entra y besa a Juani)* Hola, ama.

Juani: ¡Qué sorpresa, hijo! Pero mira cómo vienes: todo mojado.

Jokin: Está jarreando.

Eladio: *(Contento por la visita de su hijo)* ¿Qué tal, Jokin? ¿Cómo te va?

Jokin: Bien, aita.

Juani: Anda, quítate ese anorak empapado y dámelo para que lo cuelgue en el baño. ¿Cómo se te ocurre venir sin paraguas, con la que está cayendo?

Jokin: *(Se desprende del anorak y se lo entrega a su madre)* Me quedé preocupado cuando hablé antes por teléfono con papá: parecías muy nervioso, así que como andaba a un par de kilómetros del pueblo, me he desviado para ver si estabais bien.

Juani: Ya ves que sí, a Dios gracias. No debes preocuparte más.

Jokin: ¿Ibas a salir?

Juani: Justo cuando tú llegaste. Me esperan a las diez en el ayuntamiento.

Eladio: Tu querida amachu se ha empeñado en jodernos la mañana con su dichoso pleno extraordinario. Y no sabes lo mejor: ¡el escolta Alfonsito se ha escaqueado!

Jokin: *(A su madre)* ¿Es verdad eso?

Juani: No hagas caso a tu padre. Cuenta las cosas a su modo. Pero sí, es cierto: Alfonso no ha venido esta mañana.

Jokin: ¡Mierda!

Eladio: Ya le he dicho mil veces que no se le ocurra salir.

Jokin: Mamá, escucha: cuando venía hacia casa he visto a alguno de ellos por los alrededores. Tengo la impresión de que te están esperando.

Juani: *(Asustada)* ¡Dios mío! Entonces era verdad que estaban ahí *(Corre a mirar por la ventana)*

Jokin: Posiblemente sólo quieren asustarte para que no te acerques al ayuntamiento. No creo que vayan a más.

Eladio:                ¡Pues ya es bastante, digo yo!

Juani:                ¿Qué puedo hacer ahora?

Eladio:                Calentar silla: te sientas y esperas a que escampe. Y ni una palabra más.

Juani:                *(Nerviosa)* Ahora voy a colgar esto y a traerte una toalla para que te seques el pelo, hijo. Luego veré cómo salir.

*Juani se marcha hacia las habitaciones interiores. Eladio se dirige ahora a su hijo como si nada serio estuviera ocurriendo.*

Eladio:                ¿Qué, chaval? ¿Concentrado para el partido de mañana?

Jokin:                No pensaba en eso ahora.

Eladio:                En realidad estaba a punto de llamarte para decirte que creo que no podré acompañarte al partido.

Jokin:                ¿Por qué?

Eladio:                Los cabrones de casa Cosme no quieren reservarnos una mesa...

Jokin:                Vaya.

Eladio:                Me hacía mucha ilusión invitarte a comer allí.

Jokin:                Es igual. Cualquier sitio me vale.

Eladio:                La verdad es que nos han jodido el día los del restaurante.

Jokin:                *(Impaciente)* ¿Qué importa dónde comamos? Hay otros sitios.

Eladio:                Nos han roto todos los planes, Jokin.

Jokin:                A mi no me han roto nada, papá.

Eladio:                Fíjate: primero una buena pitanza en Casa Cosme, y luego ¡a meterle tres al Barça! Y ahora todo se nos ha ido a la mierda.

Jokin:                Mira, si no quieres venir me parece bien, pero no echés la culpa a nadie.



Eladio: *(Alterado)* ¿Tengo yo la culpa de que se nieguen a darme mesa en cuanto adivinan quiénes somos?

Jokin: ¡Ahora me importan un huevo el partido y todos tus rollos! ¿Qué pasa con mamá?

Eladio: ¿Qué va a pasar?

Jokin: Algo habrá que hacer. No podemos dejar que salga sola. Quizás si vamos los tres no se atrevan a meterse con ella.

Eladio: ¡Ni se te ocurra! Ni con veinte alrededor íbamos a estar seguros. Lo que tiene que hacer tu madre es olvidarse de tanta estupidez y quedarse quietecita en casa. Así que no vengas tú a enredar.

Jokin: Deja que lo decida ella.

Eladio: *(Grave)* Esto es muy serio, Jokin.

Jokin: O sea, que es materia reservada para el señor de la casa. La tonta esposa no opina.

Eladio: ¡No me vengas con leches, Jokin! Lo que está pasando en esta casa no es una broma. Si quieres jugar a ser un superman de pacotilla, por mi estupendo, pero antes de salir a la calle, pregúntale a tu querida amachu qué está buscando en realidad con todo esto.

Jokin: *(Confuso)* ¿Qué tiene que contarme?

Eladio: Tu madre quiere dejarme, Jokin. No soporta seguir a mi lado. Todo eso de la política no es más que una forma de romper la cuerda. Nos ha obligado a vivir con el miedo dentro para deshacer lo que nos unía: primero tu hermana, luego tú Jokin, ahora yo... Ya nada le ata a esta casa. Sólo vive para ese compromiso absurdo que le sirve de coartada.

Jokin: ¡Estás desbarrando! Mamá no haría nunca eso...

Eladio: Ya lo está haciendo. Tú mismo tuviste que marcharte de casa porque no soportabas la presión, y ella no se inmutó ni lo más mínimo.

Jokin: Eso es mentira.

Eladio: No puedes negarlo. Bien que lo sé, hijo.

Jokin: ¡Mierda, aita! Eres tú el que se engaña. Me fui porque no aguantaba el ambiente del pueblo, porque estaba hasta las narices de jugar a buenos

y a malos a todas horas, pero mamá no tiene nada que ver. También me hubiera ido aunque nunca se hubiese metido en política, aunque, no sé, sinceramente, a veces pienso que debería haberme quedado cuando se hizo concejal. Tengo la sensación de que le he dejado en la estacada, de que me ha vencido el miedo.

- Eladio: Tienes derecho a sentirlo, hijo. Yo lo tengo, y hoy más que nunca.
- Jokin: *(Desorientado)* ¿Por qué estamos diciendo estas cosas? No sé qué quieres de mi, papá.
- Eladio: Quiero que hables con tu madre, que la convenzas para que deje toda esa mierda. Muéstrale si es preciso el daño que os está haciendo a Edurne y a ti. Que sienta que sus juegos son peligrosos, que no salen gratis. Tiene que comprender dónde está su sitio, que sólo nosotros somos los suyos. Debes hacerlo, Jokin. Es su vida la que está en juego.
- Jokin: ¿Su vida o la tuya, papá?
- Eladio: ¡Su vida es la nuestra; son inseparables!
- Jokin: No puedo hacerlo...
- Eladio: Al menos, trata de impedir que salga esta mañana. Bastará con eso por ahora. Tú madre no debe ir bajo ningún concepto al ayuntamiento: hoy no. Me he comprometido a ... *(Advirtiendo su error)* Es peligroso.
- Jokin: ¿A qué te has comprometido?
- Eladio: A nada.
- Jokin: ¿Con quién coño has estado hablando, papá?
- Eladio: No es cosa tuya.
- Jokin: ¡Dímelo! ¿A quién le has prometido que mamá no iría al pleno?
- Eladio: *(A media voz)* He hablado con Iñaki, el jefe de la policía local. Es un buen amigo, tú le conoces. Me llamó antes a casa para decirme que no puede garantizar la seguridad de tu madre en un día como este. ¿Te das cuenta, hijo? Hay mucho en juego. Iñaki dice que puede haber graves incidentes si la votación llega a producirse. Además, no es el momento más oportuno para poner al alcalde en la situación de tener que votar, y si tu madre se presenta, habrá quorum y tendrán que sacar el tema. ¿Sabes los problemas que eso traería? Rompería la

tranquilidad en el pueblo. Ahora comprenderás por qué debo impedir que ella salga esta mañana.

Jokin: *(Con inmenso desprecio)* ¿Cómo has sido capaz...? .

Eladio: No le cuentes nada a tu madre. No me lo perdonaría.

*Juani entra en escena con una toalla para su hijo y el anorak.*

Juani: ¿Qué es lo que no me tiene que contar el chico, Eladio?

Eladio: Nada. Hablábamos del partido de mañana.

Juani: *(Alargándole la toalla a Jokin)* Ten, sécate. Tenías tan mojado el anorak que he tenido que ponerlo un rato junto al calefactor eléctrico. ¿Ya te ha dicho tu padre que mañana no te acompañará a San Mamés?

Jokin: Sí, me ha contado muchas cosas.

Juani: Debes disculparle. Ya sabes cómo es tu padre.

Jokin: No, no lo sé. Dímelo tú, mamá.

Juani: Bueno, pues es... ¡tu padre! ¿Qué voy a decirte?

Jokin: *(Con sarcasmo infinito)* La cáscara es lo único que le ves siempre. Deberías preguntarle por sus secretos, ama. ¿Qué llevas dentro, papá?

Eladio: *(Molesto)* Unas ganas enormes de partirle la cara a alguien, así que ándate con cuidado.

Juani: *(Escandalizada)* ¡Por Dios, Eladio! No hables así al chico.

Jokin: Está en mi casa, y no le aguanto ese tono de cretino malcriado.

Juani: ¿A qué viene esto ahora? ¿Pues no hablabais de fútbol?

Jokin: Sí, de Julen. Es un futbolista muy bueno, pero cuando llega un partido importante siempre se lesiona. Es como si asustase dar la cara. Anda que no hace coñas la gente con eso: si no es un tobillo, es que se caga por una colitis. El caso es que se acojona en los grandes momentos. ¿No te ha dicho papá que es su jugador favorito?.

Juani: Claro que lo sé. Y seguro que se ha enfadado porque te has metido con ese chico. Pues bueno es tu padre con las cosas del Athletic... *(Transición. Mira su reloj)* Ahora sí debo irme; son casi las diez.

Jokin: Te acompaño, ama.

Juani: Muchas gracias, hijo, pero no quiero que te molestes. Tendrás que ir al trabajo...

Jokin: *(Mientras habla, se acerca al ventanal para otear la calle)* No me importa, de verdad. Así vas más entretenida.

Juani: ¡Pero si no se tarda ni cinco minutos! Ni que necesitara una película para el camino.

Eladio: *(Muy serio)* Jokin: acuérdate de lo que hemos hablado.

Jokin: De Julen, papá; todo el tiempo de Julen. *(A su madre)* Vámonos, ama. Deja que vaya yo delante.

***Jokin coge su anorak.***

Juani: Salimos por la puerta trasera de la tienda de Pablo y luego cogemos Nagusia.

Eladio: *(Gritando excitado)* ¡Jokin! *(Suplicante)* Por favor...

Jokin: No te apures papá. No habrá ningún problema. Además, alégrate: el partido de mañana lo televisan en abierto. Así no tendrás que ir a pedir permiso al “batzoki” para que te dejen verlo.

*Jokin se marcha. Juani, a punto de salir detrás de su hijo, se detiene y se dirige a Eladio, que rumia en silencio su amargura.*

Juani: Ahora parece que ya no llueve. Casi apetece dar un paso, los tres juntos, del brazo, tapando la calle, como cuando Jokin era pequeño. ¿Te acuerdas? Jugábamos a ser invisibles, y nos reíamos un montón de los que se enfadaban porque les cerrábamos el paso por la acera. Podemos hacerlo otra vez si quieres, para que esta mañana no nos vea nadie porque somos invisibles. ¿Vienes, Eladio?

*Juani espera unos segundos y sale dejando la puerta abierta. Eladio, con lágrimas en los ojos, duda, pero finalmente avanza rápido hacia la puerta, la cierra con violencia y echa todos los cerrojos. Nervioso, recorre la estancia sin objeto: tan pronto pone la radio como descuelga y cuelga el teléfono o se asoma a la ventana. Allí es donde permanece más rato, abatido, mientras escucha una ridícula música moderna y frívola, de fiesta adolescente. De repente, una piedra golpea el cristal y lo rompe; luego otra. Eladio se protege*

*agachándose y retirándose de la ventana. Se oyen voces rabiosas, gritos amenazantes. Arrastrándose, Eladio llega hasta el interruptor de la luz y la apaga. Los gritos se van alejando hasta casi desaparecer. Eladio, sentado despatarrado en el suelo, se revuelve furioso, llorando de rabia.*

Eladio:                    ¡Hijos de puta! ¡Cabrones! ¿Qué queréis de mi? ¡Ella no está, no está!  
¡La concejala ya no vive más en esta casa! Se ha ido, ¿me oís? ¡Se ha ido, se ha ido! *(Se levanta y sale al balcón)* Ya no tenéis que vigilar más este balcón, ni este portal. Aquí sólo vivo yo, Eladio, el de los astilleros. ¡No tenéis nada contra mi! ¡Ella se ha marchado, se ha marchado, se ha marchado!...

*Eladio, derrumbado, entra en el salón. Busca su aparato de radio, se sienta a la mesa y sintoniza nerviosamente una emisora. José María García dicta una plática deportiva. Eladio llora en silencio, agarrado al aparato. Fuera comienza de nuevo a llover.*

**FIN DE LA OBRA**

*Madrid, enero de 2002*